El espejo

Victoria Novelo

♦♦♦

Hacía una semana que se sentía incómoda cuando se maquillaba los ojos. Como que el espejo frente al cual se paraba cada mañana para hacer el único ritual que observaba disciplinadamente desde su etapa púber —trazar con el delineador *Max Factor* una línea sobre el párpado y llenar de rímel las pestañas— le quedaba alto. ¿Se estaba achaparrando? Decían que eso pasa con la edad. El pensamiento de que "la edad" ataca de nuevo la puso nostálgica, luego melancólica para acabar malhumorada.

Inevitablemente se acordó. Y revivió las situaciones que la tenían como la tenían: cuestionándose todo otra vez y rompiéndose la cabeza tratando de dar con una fórmula para poder convivir en pareja con menos sobresaltos.

Con qué ímpetu le había entrado a un nuevo enamoramiento después de que rompió el matrimonio "histórico" (como decían sus amigos) de casi 18 años. Se había emparejado (¿encontrado, topado?) con un hombre "de izquierda" con quien pensó que iba a poder vivir en la práctica la teoría de la igualdad (intelectual) de los sexos. Estaba harta de los gritos y sombrerazos que originaba la competencia en que se había empeñado su anterior señor. Ella sí podía ser esposa y madre amantísima además de trabajar, tener amigos propios, dar conferencias, clases y escribir sus investigaciones. Las mujeres, como los circos grandes, tienen tres pistas. Pero eso no cuadraba con el simpático Dr. Jekyll celoso de la vida propia de su mujer, aunque, eso sí, se llevaba el carro de ella cada vez que el suyo andaba mal. Según él, estaba en su derecho.

El izquierdoso, auténtico y legítimo puesto que pertenecía al partido comunista de su país, era un seductor profesional, además de universitario. Cuando ella dio su brazo a torcer y aceptó viajar a un hotel, fue objeto (otra vez objeto) de una tecnología amatoria altamente sofisticada no comparable con la ofensiva vulgaridad de muchos de sus compatriotas que abordaban a extranjeras(os) en busca de dólares o una salida del país usando el sexo como carnada. Ella realmente se enamoró e hizo suyas las angustias, frustraciones y desesperan-zas que a su amado, como a muchísimos cubanos, lo acosaban. Así que cuando el tipo le susurró al oído "invítame", ella estaba más que lista para importarlo legalmente.

El hombre llegó a México poco después de una boda sin fiesta, sacó los papelitos mágicos que da (¿o daba?) Gobernación y empezó a trabajar con permiso. No habían pasado ni dos meses cuando su virilidad —según confesó sin inmutarse— requería más variedad y puso manos a la obra. Hubo separación, él ofreció una relación sin compromiso, ella se divorció y lloró al comprobar que su historia de amor no era nada original puesto que la compartía con miles de mexicanos incautos y que su doctorado no le había ayudado para nada cuando la convirtieron en visa de tránsito. Por lo menos el tiempo que duraron juntos, el hombre cocinaba, lavaba platos y hasta iba al mercado; también planchaba muy aceptablemente. Algo hacen las revoluciones finalmente.

Después de un tiempo de "duelo" como le nombran los terapeutas a esa etapa de intranquilidad abrumada por una sucesión caótica de pensamientos que viajan por un túnel de tormentos buscando respuestas que no existen; cuando da por cantar a Juanga y deleitarse con los arrebatos de Paquita la del Barrio en lo que se recupera la razón perdida (¿o era la ilusión perdida?), había concluido que la

♦♦♦

vida en pareja era más difícil que tratar de sobrevivir con el salario mínimo. Ser mujer de ideas propias en país, o mejor, en subcontinente de machines, era prácticamente incompatible con su búsqueda de un amor amante. Y en eso, que aparece un ex novio. Y a repensar todo. Otra vez.

Se mostraron fotos del pasado de cada quien (los hijos, ya todos jóvenes adultos, estaban muy guapos), se miraron profundamente, caminaron de la mano, se contaron lo que habían sufrido con otras parejas, comieron, fueron al cine y a museos. Parecía que iban bien, aunque miedosos los dos (se notaba cuando se iban a acostar; muy modositos ambos). Hasta que se les ocurrió irse de vacaciones a la playa.

Sería el aire marino, el exceso de sal, sol y *bloody marys*, el caso es que el individuo mirando fijamente la porción central del cuerpo femenino en traje de baño le espetó con un tono desilusionado: ¿por qué no te cuidaste?" Y a la mujer se le cayó el mundo de nuevo. Se le quedó viendo, muda, mientras pasaba revista a todos sus esfuerzos por estar y verse bien pues era de la idea de que la mujer-madre-maestra-investigadora-cocinera-chofer-ciudadana no tenía porqué verse mal. Comía con moderación y estaba más o menos de peso, hacía tai-chi y bicicleta fija; había dejado de fumar y no tomaba casi nada; usaba cremas de día, de noche, filtros solares, champú contra la caída del pelo y algas marinas contra la celulitis, se había arreglado la nariz que desde chica le molestaba (con lo que se quitó un trauma sin necesidad de psicoanálisis), combatía la menopausia con cierto humor y con parches de estrógenos y además estaba bajo el cuidado de un maravilloso acupunturista que la mantenía en un aceptable estado de salud. Esto, además de todo lo que hacía para estar en forma mental y alimentar su espíritu. ¿Y ese barbaján la cuestionaba a la vista de una malvada "llantita"? Se sintió injustamente agredida pero fue cauta y no respondió vengativamente; por tanto no le dijo hasta qué grado le molestaba su manera de beber combinada con mota y su incapacidad de hacer un proyecto de vida. ¿Conclusión?: el hombre le pareció completamente prescindible.

Terminó de maquillarse y dejó de verse en el espejo. Le dolían algo las piernas después de haber estado tanto rato de puntas. Bajó las escaleras y se preparó rápidamente un café, pues ya se le había hecho tarde, pensando que a las mujeres como ella (¿o sería a todas?) la vida, tan lejos de Sara García y tan cerca de *wonder woman*, les exigía demasiado. ¿Y qué había hecho para defenderse además de pelear con sus parejas y consolarse en la plática con las amigas? ¿Tendría que aceptar esas exigencias con la mexicana sumisión acostumbrada? ¿De plano en la vida privada como en la pública había que subordinarse y callar? ¿Harán falta otros "basta"? ¿Una república democrática de mujeres, sería la solución? No, por ahí no. Lo de democrático sí. ¡Ay Dios, cuántas preguntas buscando camino de salida!

Gritó un "adiós, ya me voy corriendo" dirigido a Adela, quien desde la cocina exclamó: "Señora, se me había pasado decirle que el otro día moví el espejo del baño porque se le cayó el clavo y quedó tantito más alto. Señora, ¿me oyó?" ♦